

1934

Xochitl es la Cava?

Luis Chavez Orozco

Follow this and additional works at: <https://digitalrepository.unm.edu/nmq>

Recommended Citation

Chavez Orozco, Luis. "Xochitl es la Cava?." *New Mexico Quarterly* 4, 3 (1934). <https://digitalrepository.unm.edu/nmq/vol4/iss3/13>

This Contents is brought to you for free and open access by the University of New Mexico Press at UNM Digital Repository. It has been accepted for inclusion in New Mexico Quarterly by an authorized editor of UNM Digital Repository. For more information, please contact disc@unm.edu.

Xochitl es la Cava?

Por LUIS CHÁVEZ ORÓZCO

Así, intempestivamente, esta pregunta parece ociosa y hasta sugerida por un afán de paradoja; pero si se estudian con cuidado los antecedentes que la engendraron, quizás se llegue a la conclusión de que esta hipótesis tiene fundamentos suficientemente sólidos para no desecharla de plano.

La leyenda de Xóchitl la conocemos a través de una versión única, la de Ixtlilxóchitl, que está consignada en sus *Relaciones*. Ni Torquemada, ni Sahagún, ni los *Anales de Cuauhtitlán*, hacen la referencia más remota de ella. Además, esta leyenda es un episodio de excepción en la historia pre-cortesiana: en ningún otro se atribuye a mujer alguna la significación que en este caso se asigna a Xóchitl.

Cuando Ixtlilxóchitl relata esta leyenda no consigna, como acostumbra, la fuente de donde tomó los datos: sus referencias son demasiado vagas: "y aun dicen y se halla en la historia"—afirma. ¿Quién dice? ¿Qué historia es esa? Sin duda no es la *Original Historia* anónima, que el autor trae con frecuencia a cuento; tampoco será la *Historia* de don Alonso Axayácatl en cuya autoridad constantemente se apoya.

Analizando menudamente la leyenda, se advierte que tal como la relata el autor no pudo haber salido de ninguna boca indígena y menos podemos suponer que haya sido elaborada con vista de algún texto jeroglífico. Los textos jeroglíficos exhiben nombres de individuos, de lugares y, además, fechas y correlaciones cronológicas. La escritura jeroglífica es incapaz de expresar detalles psicológicos tan sutiles y complicados como los que advertimos en la leyenda.

Xóchitl y su padre Papatzin, se presentan ante Tecpancaltzin para ofrecerle un regalo consistente en "miel prieta de maguey." El rey se holgó mucho de verlos y les

hizo muchas mercedes, y tuvo en mucho este regalo y se aficionó mucho de esta doncella que se decía Xóchitl por su belleza, que quiere decir rosa y flor. El apasionado Tecpancaltzin les mandó que repitieran el regalo y que la muchacha lo trajera ella sola con alguna criada (aquí ya aparece la dueña de las damas españolas).

Papatzin, no cayendo en lo que podía suceder, accedió. Pasados algunos días fue al palacio la doncella, con una criada cargada de obsequios para el soberano. Avisado el rey, se holgó mucho y mandó que sola la metiesen con el regalo que traía, y, en cuanto a la criada, que fuera una vieja ama, que la entretuvieran mientras, y que le dieran muchas mantas y oro y la regalaran hasta que fuera tiempo de volver con su señora.

Tecpancaltzin, ante la presencia de Xóchitl, se holgó mucho y trató con ella cómo él había días estaba aficionado de ella, rogándole le cumpliera sus deseos, que él le daba su palabra de hacer muchas mercedes a sus padres y a ella. En estas demandas y respuestas estuvieron un buen rato, hasta que la doncella, visto que no tenía remedio, hubo de hacer lo que el rey le mandaba.

Cuando Tecpancaltzin cumplió sus torpes deseos, hizo llevar a Xóchitl a un lugarejo fuera de la ciudad, poniéndole muchos guardas, y envió a decir a los padres que había dado la doncella a ciertas señoras para que la adoctrinaran, porque la quería casar con un rey vecino suyo en recompensa del regalo. Además les hizo muchas mercedes y les dió ciertos pueblos y vasallos para que fueran señores de ellos. Los padres, aunque lo sintieron mucho, disimularon, que, como dicen, donde hay fuerza, derecho se pierde.

El rey iba a menudo a ver a Xóchitl, su dama, que vivía en Palpan, muy servida y regalada.

A poco, Xóchitl parió un niño, a quién, para expresar su origen, se le dió el nombre de Meconetzin (Niño del Maguey). Esto acaeció, dice Ixtlilxóchitl, conforme a nuestra cuenta, en el año de 900, al principio del pontificado de

Joannes IX y a los últimos años del imperio de Arnulfo, emperador romano, y a los últimos del reinado de Alfonso IV en España.

A los padres de la doncella, que por tal la tenían, viendo que ya iba para tres años que no veían a su hija, les daba grandísima pena, y procuraban siempre saber en qué lugar pudiese estar. Siendo tan grande la ciudad de Tula no la podían encontrar, hasta que al fin supieron que estaba en Palpan.

Como nadie la podía ver, pues el rey había dispuesto que a ninguno de los parientes permitiesen el acceso a aquel lugar, buscó Papatzin un artificio para entrar sin que fuese conocido. No hallando otro, se disfrazó, vistiéndose como labrador y fingiendo que iba a vender ciertas cosas. A los guardas les pareció que era simple y le dejaron entrar.

Andaba Papatzin mirando por todas partes cuando acertó a descubrir en unos jardines a su hija. Al verla con un niño en los brazos, se enterneció mucho y le preguntó si el rey la había metido en aquel lugar para que jugara con niños. La hija, aunque con vergüenza, contó a su padre todo lo que había pasado con el rey. Papatzin lo sintió mucho, pero lo disimuló, por ser cosa que tocaba a su honor (El sentimiento del honor, tal como aquí se exhibe, es incompatible con las costumbres polígamas de los llamados soberanos toltecas).

Dispidióse el padre y a otro día fué a ver al rey para quejarse de la afrenta—que le había hecho. Tecpancaltzin lo consoló y le dijo que no tuviese pena, pues en haber sido cosa de rey no incurría en ninguna afrenta. (Esta concepción del honor era genuinamente española). Agregó, además, el soberano, que el niño sería su heredero, porque no tenía voluntad de tomar estado con ninguna señora.

Corriendo los años, Tecpancaltzin acordó hacer jurar por rey a Meconetzin, conocido también con el nombre de Topiltzin, que ya era hombre de más de cuarenta años y muy virtuoso y gran sabio.

La exaltación del bastardo Topiltzin engendró envidias en el ánimo de quienes se sentían con derecho al trono, y se desataron guerras sangrientas.

La sabiduría y la virtud de Topiltzin, tan acendrada al principio, se rechó a rodar por el despeñadero de las bajas pasiones. Cometió pecados muy graves, y su mal ejemplo cundió en la ciudad de Tula y las demás provincias y ciudades y tierras de los toltecas. Las señoras iban a los templos y a las ciudades de sus santuarios y se revolvían con los sacerdotes y hacían otros pecados graves y abominables.

Esta fué el anuncio de las calamidades que habrían de abatirse sobre los toltecas. Aguaceros, huracanes, sapos caídos del cielo, calores y sequías, heladas, granizos y rayos, langostas, sabandijas y aves que todo lo destruyen, gorgojos en los graneros, pestes y luego guerras intestinas, debilitaron de tal modo a los toltecas, que quedaron a merced de las ambiciones de los príncipes que se sintieron defraudados con la exaltación del bastardo Topiltzin.

Esta leyenda que Ixtlilxóchitl consigna en sus *Relaciones* para explicar las causas que determinaron la decadencia de los toltecas no puede aceptarse, porque sin duda alguna su filiación no es indígena. Si el autor la hubiera recogido de las páginas de algún texto jeroglífico o de los labios de los indios, sin duda alguna que, al consignarla, no hubiera introducido en ella tantas ideas de filiación occidental.

Este argumento, por ser de carácter exclusivamente negativo, claro que nada—prueba, pero si lo reforzamos con algunos datos que acrediten la propensión de los primitivos cronistas a introducir en el seno de las tradiciones indígenas algunas ideas de procedencia española, entonces quizás sí se conmueva en sus fundamentos la versión de la leyenda de Xóchitl.

Tezozómoc, historiador indígena, en el último capítulo de su *Crónica Mexicana*, pone en labios de los hechiceros que querían explicar el prodigio de la presencia de los

españoles en la playas de Chalchiuhcuecan, la profesía de que habían de venir a reinar y poblar estas tierras hombres de una pata muy grande con que se hacían sombra y con orejas que les servían de fresadas, sin advertir que, al escribir esto, inconcientemente introducía entre las leyendas de los indigenas el pasaje de algún libro occidental (quizas de La Ciudad de Dios de San Agustín, Lib. XVI, cap. 8).

Si esto es cierto, qué mucho entonces que Ixtlilxóchitl preocupado, también sin advertirlo, con los relatos de la historia heroica de España que el conocía muy bien, nos dé una explicación, si no idéntica cuando menos muy parecida a la que la *Crónica General de España*, de Alfonso el Sabio, consigna para explicar el aniquilamiento de los godos en tiempos del rey Rodrigo?

No se necesita sutilizar mucho para advertir, cuando menos, semejanzas chocantes entre don Rodrigo y Tecpancaltzin y entre Xóchitl y la Cava. Se dirá que la actitud de Papatzin es completamente diversa a la del conde don Julián. Esto es verdad, pero si el padre de Xóchitl, para vengarse de Tecpancaltzin, hubiera conducido sobre Tula los ejércitos de los príncipes rebeldes, entonces tendríamos que concluir en que el texto mexicano está calcado sobre el español. Adviértase que los amores de don Rodrigo y la Cava fueron infecundos y que, por el contrario los de Xóchitl y Tecpancaltzin tuvieron el fruto de Topiltzin. Siendo las circunstancias diversas, no nos admiremos entonces de que los detalles no concuerden plenamente.

Que Ixtlilxóchitl, cuando escribía este pasaje de sus *Relaciones*, tenía en mientes recuerdos extraños a la historia indígena, él mismo nos lo dice. ¿No compara el autor, el destino final de Topiltzin con el del rey de Portugal, don Sebastián?

Lo que induce a la sospecha de que Ixtlilxóchitl haya sufrido inconcientemente el influjo de la lectura de algún texto occidental son los siguientes datos que están rigurosamente comprobados. El primero es el de que Ixtlilxóchitl

218] *The NEW MEXICO QUARTERLY*

era un asiduo lector de los romances españoles. De ésto todo el mundo se puede convencer a poco que examine los manuscritos del autor que se conservan en el Archivo General de la Nación (Sección de Historia Vol. III). Allí se halla este testimonio, que consiste en un romance relativo al cerco de Zamora, que perteneció a la biblioteca del autor.

Pero si esto no bastara para comprobar que Ixtlilxóchitl fué un conocedor de la tradición heroica española, podemos recurrir a otro medio para conseguirlo. Estudiando la urdimbre de la técnica en que están compuestas las *Relaciones*, inmediatamente advertimos que la *Crónica General* de Alfonso el Sabio dió la pauta.—Pues ¿quién podría negar que las correlaciones cronológicas que el historiador mexicano constantemente consigna en sus obras fueron sugeridas por las correlaciones también constantes que descubrimos en la *Crónica General*? No solamente hay que tener en consideración esto: hay, además, entre ambas obras una identidad en el sistema crítico que se siguió al escribirlas. Si, para Alfonso X el Sabio, el texto de un cantar de gesta es un documento a donde ha quedado perpetuada la verdad histórica y por eso lo transcribe; para Ixtlilxóchitl los cantares que andaban en boca de los indígenas a fines del Siglo XVI y principios de la centuria siguiente, son las principales fuentes a donde hay que acudir para encontrar la verdad acerca del pasado precortesiano.

Cuando lanzamos esta conjetura, como dijimos al principio, no perseguimos ningún afán de paradoja. Pretendemos, por el contrario, sugerir la necesidad de que nuestras crónicas antiguas se sujeten a una crítica rigurosa que las depure. Esta tarea, pesada y agobiadora como es, no debe eludirse, a menos que queramos continuar en la tenebrosa ignorancia que hoy nos envuelve y que nos oculta la verdad acerca de nuestra historia precortesiana.